

Rapté una chica

El pasado miércoles me dio por ver una serie de televisión. Y tuve la osadía de meter la mano a través del cristal que me separaba de aquel mundo para agarrar a una chica que me gustaba. Ella puso un gesto claro, incuestionable, muy natural y real, de terror. Cuando la hube sacado del todo, su cuerpo se hizo de tamaño real. La solté y me preparé para cualquier cosa: un ataque de histeria, una patada en mis genitales, un desmayo... No, se limitó a sentarse en el suelo y a llevar los ojos en dirección a la parte superior izquierda de su cráneo, gesto que Nabokov descubrió en las adolescentes americanas cuando éstas trataban de controlar su aburrimiento. “¿Debo suponer que me has raptado? ¿Es por dinero o por sexo?” “Nada de eso”, dije yo. “Me preguntaba cómo te comportarías en este viscoso lugar donde habitamos los espectadores. Quiero ver si aquí podéis ser tan naturales.” Yo había quitado la televisión y mi casa estaba sucia con el barro de la nada. Trataré de explicarlo: el murmullo acuático del presente: su inconsistencia, su inarmonía, su voluptuosidad: todo inundado de acantilados. Ella permaneció en silencio, contagiada sin duda por el desorden en la sucesión de mis gestos y la falta de encaje de éstos en mis muebles, en mis botas tiradas en un rincón, en la luz que entraba por la ventana, en el olor a yogurt dejado a medias sobre un libro que no tenía esa reverberación mágica, vieja, amarilla, que aparece siempre en las películas en las que los libros cuentan para algo.

“¿No vas a decir nada?”

“No sé. Me siento muy rara.”

“¿Qué sientes?”

“Este lugar es...”

“¿Cómo es?”

“Es gigantesco, insoportablemente infinito. Me produce mucho vértigo.”